

SOBRE LAS BALDOSAS



## SOBRE LAS BALDOSAS

Núria Vendrell Misas

©Núria Vendrell Misas

Reservados todos los derechos de esta edición  
para COMITIA Editorial SL  
Primera edición: agosto 2025

ISBN: 978-84-129665-3-4  
Depósito legal: B 15107-2025

Correctora: Gemma Romeu Puntí  
Diseño de portada: Estudi Muto Scp  
Fotografía de la autora: Bernat Company Turull y David Martín García

Impreso en España

No se permite cualquier forma de reproducción, distribución,  
incorporación a ningún medio informático, comunicación pública  
o transformación total o parcial de esa obra, sin el permiso expreso  
por escrito de quienes ostentan los derechos de explotación.

EDITORIAL COMITIA



**Per tu, papa, allà on siguis.**

Tant de bo pogués veure't assegut  
a la terrassa de casa, llegint orgullós  
aquestes històries, i jo et pogués dir,  
somrient, que ja no tinc por.

*Destiny is calling me, open up my eager  
eyes because I'm Mr. Brightside.*

The Killers

## RELATOS

Historias de quienes sienten punzadas  
al pisar el suelo que nos sostiene



BUM-BUM  
INDEFINIDOS  
SEIS MESES FUERON BERLÍN  
*DELIRIUM*  
CICATRICES  
TREINTA MINUTOS  
CON G DE GUERRERA  
OLOR A PERRO MOJADO  
GRIETAS DE YESO Y SANGRE  
CARCAJADAS CON RETORTIJONES  
DOMINGO CLAUSTROFÓBICO  
SOBRE LAS BALDOSAS

BUM-BUM



## No late

Ya no late. En ninguno de los puntos donde lo sentía, no lo noto. Coloco dos dedos de mi mano en la parte de atrás de la muñeca y no percibo el pequeño bombeo de mis venas. Deslizo mis dedos índice y medio sobre la arteria carótida, en mi cuello. Los apoyo durante quince largos segundos. Nada. Rebusco otras opciones más remotas donde encontrarlo, detrás de la rodilla, en el empeine y en la ingle. Y ya no late. En el colegio me enseñaron que, a los que estamos vivos, el pulso nos oscila entre sesenta y cien latidos por minuto en estado de reposo, y mi corazón no emite ni una jodida señal. Ya no bombea. ¿Estoy muerta?

Me llamo Valentina. Ayer por la noche me acosté a las once como casi siempre de lunes a viernes. Vivo en Barcelona. En un piso compartido, así que puedo decir más bien que vivo en una habitación. Tengo diez metros cuadrados de intimidad a mis treinta y cinco años. Cada mañana, cada día y cada hora vivo con la sensación de que no me puedo quejar, que soy afortunada, que tengo que estar agradecida por ser una mujer blanca, independiente y europea. Puedo irme tres semanas de vacaciones en verano tras trabajar el resto de días del año por un sueldo escaso que me permite hacer una escapada que no implique comprar un vuelo demasiado caro. Ryanair, *I'm in.*

Como esclavos del sistema que somos, madrugamos para ser personas productivas durante ocho horas al

día en una oficina, donde simulamos ser felices. Pero lo único que nos salva de ir a gritarle a nuestro jefe —en mi caso, un ser retorcido de dudosa moralidad— es que tenemos algunos compañeros de trabajo que nos hacen más livianas las cuarenta horas semanales. Los viernes corremos despavoridos a la calle como si el fin de semana fuera a salvarnos. Es una huida temporal. Por eso nos deprimimos los domingos por la tarde. Porque nos decepcionamos a nosotros mismos cada semana. Por quedarnos ahí, mirando cómo todo se desmorona, sin tener el coraje de hacer nada.

Mi último intento de relación acabó con un *ghosting*. Tengo la extraña sensación de que he aprendido a no enamorarme. A no sentir. Decepción tras decepción, me he vuelto dura e inquebrantable como una roca. No necesito a nadie, me digo cada mañana. Y aunque me muera por despertarme al lado de un ser que respire y poder amar, me he ido apagando hasta llegar a la más absoluta apatía sentimental.

Mi familia siempre está a mi lado, pero siento que no he sabido aproximarme a ellos. Son felices con sus vidas. A veces siento que, con que noten que sigo arrastrando mi sombra, basta. Mis aficiones y mis amigos han ido llenando esos huecos de vacío que retumban en mi interior cuando, en la soledad de algún sábado, me he preguntado: «¿Esto es vivir?».

Y hoy no late. Por más que busco, no lo encuentro. Y, por raro que suene, parece lógico. Un final coherente tras tanta desidia.

De repente, suena el timbre. Me levanto sin prisa y me acerco a la puerta. Me gusta caminar descalza y sentir el frío en las plantas de los pies. Sin mirar por la mirilla, abro la puerta y me encuentro a un chico. Lleva gafas y viste raro.

—Hola, soy Bruno.

Y tengo la intuición de que mi vida ya ha empezado a cambiar.